

LA UNIVERSIDAD ANTE LA REALIDAD ESCOLAR. UN CAMINO HACIA LA SIMBIOSIS.

Ana María Castaño Gómez¹

Sipnosis.

Estamos presenciando importantes cambios sociales a los que no es ajena la realidad escolar. La sociedad exige que los ciudadanos que la conforman tengan una determinada formación y demuestren competencias en el futuro inmediato, encaminadas no sólo al saber sino también y en gran medida al saber hacer y al saber ser.

Es preciso que los profesores responsables de esta nueva visión educativa estén formados para afrontarla y sobre todo que quienes en la Universidad desempeñan estas labores conozcan el perfil que el nuevo sistema demanda y esté abierto a las enseñanzas que desde la Escuela se pueden aportar a la Universidad enriqueciendo sobre manera la formación inicial de los futuros maestros y maestras.

Es imprescindible un cambio en los planes de estudio de las Facultades de Ciencias de la Educación en cuanto a procesos metodológicos. Que realmente se forme a los futuros profesores no en la adquisición de conocimientos técnicos, que ya tienen, sino en cómo transmitir esos conocimientos de forma motivadora y enriquecedora para sus alumnos dotándolos de las herramientas pedagógico-didácticos que contribuyan a ello.

Contar con la experiencia de quienes día a día desarrollan su labor docente en las escuelas ayudaría a dar una formación contextualizada y acorde con la sociedad del conocimiento en que actualmente se está desarrollando la educación.

Palabras Claves.

Sociedad del conocimiento. Formación inicial. Investigación. Bagaje experiencial.

¹ Consejería de Educación y Ciencia de Andalucía. Departamento de Didáctica y Organización Educativa. Facultad Ciencias de la Educación. Universidad de Sevilla. España.

**THE UNIVERSITY BEFORE THE SCHOOL REALITY.
A WAY TOWARDS THE SIMBIOSIS**

Abstract.

We are witnessing major societal changes that lie outside the school reality. Society demands that citizens must have a specific shape training and demonstrate proficiency in the near future, aimed not only knowledge but also to a large extent know-how and knowledge to be.

It is necessary that the teachers responsible for this new vision of education are trained to deal with and especially to those at the University perform these tasks to know the profile that the new demand and open to the lessons from the School may be made to the University on ways to enrich the initial training of future teachers.

It is essential to a change in the curricula of the Faculties of Education in terms of methodological processes. Actually form the future teachers not in the acquisition of technical knowledge, they already have, but how to convey that knowledge in a motivating and rewarding for their students by providing them with teaching-learning tools that contribute to it.

Having the experience of those who carry out their everyday teaching in schools would help to provide training in context and according to the knowledge society that is currently under development education.

Key Words.

Knowledge society. Initial training. Research. Experiential background.

La sociedad actual nos ofrece una abrumadora cantidad de conocimientos a los que podemos acceder a través de múltiples medios. Muchas parcelas del saber están al alcance de nuestras manos. La escuela y por extensión, los centros educativos, han dejado de ser el único lugar donde poder aprender: ello implica que deben adecuarse a esta realidad y cambiar su papel. ¿Cuál sería entonces el papel que debe asumir este nuevo concepto de escuela? ¿Qué labor debe desarrollar el profesorado para ser útil en la sociedad del conocimiento? ¿Qué papel debe adoptar la Universidad?

Los términos de enseñanza y aprendizaje deben ir necesariamente unidos con todas las consecuencias que supone, ya que puede confundirse la transmisión de información con lo que sería la adquisición de conocimientos por parte del alumnado. Tenemos que reconocer que en las escuelas seguimos transmitiendo información y manifestando nuestra preocupación de por qué los rendimientos de los alumnos no responden a los esfuerzos que se realizan para que haya una adquisición óptima de conocimientos. Quizá fuera necesario cambiar la forma de enseñar: memorizar y repetir para evaluar no es lo más adecuado en esta sociedad del conocimiento. Tenemos que buscar los que formamos a futuros maestros y pedagogos cuál debe ser el nuevo papel de la escuela y en consecuencia el nuevo papel que debe asumir el profesorado.

Los profesores universitarios cargados de autoridad, de autosuficiencia emanada del trabajo investigador, de estudios impregnados de teorías científicas que consideramos verdades auténticas y que transmitimos a nuestros alumnos, creemos saber qué ha de hacer el maestro en su aula y lo formamos para ello. Sin embargo, el profesor universitario necesita al maestro que ejerce su profesión día a día conociendo la realidad y las dificultades que ésta le presenta para desarrollar su labor, ellos les pueden ayudar a decidir sobre la formación más adecuada y la que responda verdaderamente a las necesidades que se encuentran en el aula. Es una conexión necesaria e imprescindible si queremos preparar a profesionales eficaces en esta sociedad donde la escuela no es el único lugar para aprender y donde lo más importante es formar a la persona para que siga un continuo aprendizaje durante toda su vida. Además esta colaboración debe tener un objetivo claro que es, mejorar las enseñanzas futuras y en consecuencia la mejora de la calidad profesional de quienes van a realizar estas tareas docentes en las escuelas.

Todos percibimos los cambios vertiginosos que se producen en nuestra sociedad en todas las ramas del saber. El avance de las nuevas tecnologías y de los diferentes medios de comunicación, hacen fácil a cualquier ciudadano, el acceso a esta multitud de información. Los continuos cambios y progresos y el fácil acceso nos obliga a una necesidad continua de ponerse al día, de aprender, de conocer, pero también de investigar, de saber discernir, de optar al elegir, de valorar, de sopesar, de criticar, de intervenir, de crear... Podríamos seguir enumerando capacidades muy necesarias para vivir en esta sociedad del siglo XXI y que el futuro ciudadano debe adquirir en los centros educativos.

Sin embargo, este máximo de sabiduría y desarrollo para algunos países no ha hecho mejor al ser humano. Queda patente esto cuando analizamos la escala de valores que la sustentan y no encontramos con continuas luchas y guerras entre civilizaciones, intereses económicos primando sobre el bienestar humano, injusticias a todos los niveles. Los centros educativos como reflejo de la sociedad son igualmente conflictivos. Marchesi (2004) asegura que la violencia en los centros preocupa cada vez más y es más visible como lo es en la sociedad. Actualmente existen algunas formas de conflicto escolar que son propios de estos tiempos y que son según el autor debidos a la universalización de la enseñanza, a la democratización de las instituciones, a la permisividad de las familias y al consumismo fácil de los jóvenes. Y no es extraño que los profesores se sientan impotentes ante la violencia existente. La adquisición por parte de los futuros maestros en su formación inicial, de competencias para gestionar esta nueva realidad que se da en la escuela y que sale de los ámbitos puramente curriculares pero que incide de forma estrepitosa en ellos, debe ser un objetivo a tener en cuenta a la hora de abordar las enseñanzas universitarias en el ámbito de la educación.

Esta sociedad que llamamos del conocimiento, lo es también de los conflictos y como profesores que somos, a la hora de realizar nuestra labor formativa debemos contar con esta realidad tratando de mejorarla y contribuyendo a ello con una mejor educación de nuestros alumnos que serán los futuros maestros que formarán a los ciudadanos de esa sociedad.

Todo ello indica la necesidad de un cambio educativo del que implícitamente tenemos conciencia y que explícitamente se manifiesta en nuestras leyes y decretos de los distintos gobiernos pero que no atajan las raíces del problema.

La Comunidad Universitaria debe ser consciente que los profesionales que imparten enseñanza en la misma tenemos una doble obligación: formar a maestros y maestras pero también proyectar, dilatar y abarcar esa formación a los futuros alumnos de estos. Ello no es tarea fácil. Las asignaturas son percibidas como vacías por los alumnos si no se les dotan de una aplicación y utilidad en su futuro quehacer profesional. Las teorías de las asignaturas relacionadas con la Didáctica no tienen valor si no las dotamos de una aplicación y una transformación práctica. Debemos recordar junto con Tardif (2004) que numerosos investigadores concluyen que el conocimiento no es el que forma sino como lo transmitimos. El saber transmitido no posee en sí mismo ningún valor formador, sólo la actividad de transmisión le confiere ese valor. Esta idea no es nueva, el método siempre fue imprescindible para conseguir el aprendizaje de los alumnos, la novedad estriba en que quizás haya que poner el acento en los métodos más que en los contenidos.

Los profesores que formamos a los futuros docentes, somos los principales responsables. Cuando en algún momento se cuestiona la enseñanza que imparten algunos maestros, anclada en exámenes memorísticos, sin interés ni motivación alguna para los alumnos nos viene una pregunta a la mente ¿Quiénes formamos a estos docentes? ¿Les enseñamos técnicas y estrategias que pueden utilizar en una realidad no prevista? ¿Les capacitamos suficientemente acudiendo a motivaciones que les obliguen a buscar alternativas para mejorar su práctica? ¿Prima el atender bien a sus alumnos, el adaptarse a ellos?

Analizando estos aspectos con mis alumnos universitarios y abordando su visión de la calidad de la enseñanza suelen manifestar y están convencidos de la imposibilidad que el maestro pueda llevar a cabo una enseñanza personalizada y contextualizada. Manifiestan la existencia de agentes externos como los medios de comunicación que influyen negativamente en su formación, los padres que no educan con unos criterios claros y en consonancia con la escuela, la administración que no proporciona suficientes medios y los propios alumnos que no quieren o no les gusta estudiar. Con estos indicadores y esta predisposición, convencer a

nuestros alumnos de las posibilidades que tiene el maestro de educar a pesar de todos estos condicionantes es una tarea ardua. Los planteamientos educativos que han vivido, experimentado, que tienen arraigados no se lo permiten y tendríamos que cambiar su sentido de la educación y el concepto que de ellas poseen.

Nombramos de nuevo a Marchesi (2004) cuando nos dice que la enseñanza más que una actividad técnica donde los profesores llevan a la práctica unas estrategias que posibilitan el aprendizaje de sus alumnos, es sobre todo una acción comprometida en la que se expresan los valores y las aspiraciones de cada uno de los profesores. Sin embargo los futuros maestros que formamos en las Facultades de Ciencias de la Educación siguen pensando que la enseñanza está basada en la transmisión de información y necesitan de unos alumnos que los escuchen y atiendan; ese es el modelo en que los nuevos docentes se están formando.

Pero para realizar un cambio en este sentido no basta con poner ordenadores en las aulas. Debe cambiar el concepto mismo de la educación y de la enseñanza. La sociedad nos está demandando otra forma de enseñar, porque los saberes del hombre de hoy, sus posibilidades y sus necesidades son muy diferentes de las que tenía hace unas décadas. Y en este cambio miramos a otros países con sociedades afines buscando información válida para incorporar a nuestra educación pero que luego no asumimos como nuestra a pesar de estar validada su efectividad a través de los rendimientos que obtienen en sus alumnos y en el avance del propio sistema educativo. No necesitamos maestros que posean ingentes conocimientos enciclopédicos, pero sí necesitamos que sepan transmitirlos y lo sepan hacer de forma que motiven a sus alumnos, que despierten en ellos el deseo de saber, que contribuyan a su bienestar emocional y que les ayuden a construir valores que los hagan crecer como personas y como profesionales.

Y de esto se puede deducir que la formación inicial de los futuros maestros debe estar repleta de materias que contribuyan a desarrollar en ellos habilidades y destrezas para transmitir conocimientos y una vez adquiridas tengan la oportunidad de experimentarlas tutorizados por aquellos a los que avala la experiencia.

Proponemos en este momento dos medidas que podrían ser válidas para encontrar soluciones sobre el qué, para qué y cómo enseñar en la sociedad del siglo XXI:

- La investigación encaminada a conocer de forma directa la práctica del aula, incluyendo y reconociendo a los investigados como investigadores.
- Los maestros y maestras, como asesores válidos para el profesor universitario que forma a futuros profesionales de la enseñanza.

La investigación en educación no ha gozado tradicionalmente de reconocimiento, al no aplicarse y por lo tanto no incidir en la mejora de la práctica educativa los resultados que emanan de ella. En este sentido Fernández Pérez (2005) nos dice que un buen campo de investigación sería la averiguación de los saberes de los docentes, qué conocimientos utilizan en su práctica y de dónde proceden las intervenciones que día a día deben realizar en el cotidiano de su aula y ante las imprevisiones que se le presentan. Y nos referimos al saber en un sentido amplio que incluye no sólo conocimientos sino competencias y habilidades, es decir, saber hacer y saber ser. Una investigación en este sentido podría contribuir a incrementar la calidad formativa de futuros profesionales. Tardif (2004) abunda en esta idea y propone una vuelta a la realidad estudiando los saberes de los maestros y maestras en su contexto real de trabajo y en situaciones concretas de acción. Esto supone que los investigadores universitarios trabajen en las escuelas y en las aulas en cooperación con los profesores no universitarios considerándolos como colaboradores valiosísimos ya que nos darían a conocer la realidad del perfil de profesional que necesita el Sistema Educativo, las habilidades docentes que debe poseer, los saberes que debe acumular, las formas en que debe trasladar esos saberes a sus alumnos y los recursos con que cuenta para llevar a cabo esta amplia tarea. De este modo, conociendo todos estos parámetros estaríamos en disposición desde la Universidad de formar profesionales contextualizados con el modelo de sociedad, de escuela y de ciudadano, dotándole de las herramientas suficientes para hacerlo de forma eficaz y eficiente. Además sería una forma de implicar a los maestros y maestras en activo haciéndoles partícipes de su propia formación, a partir de su propia práctica, conllevando inevitablemente un enriquecimiento de los procesos de enseñanza-aprendizaje y un aumento inestimable de la calidad de la educación que estamos ofreciendo a nuestros alumnos.

Abordamos la segunda propuesta dentro de este cambio educativo que proponemos para poder adaptar la educación y poder formar los nuevos ciudadanos del siglo XXI. Esta propuesta pasaría porque los profesionales que ejercen su labor diaria en las aulas sean asesores válidos y reconocidos por la Institución Universitaria para la formación de los nuevos docentes, contribuyendo de este modo a dotar a la enseñanza universitaria de conocimientos prácticos emanados de su rica y personal experiencia.

En la sociedad del conocimiento el profesor, no ha de tener sólo la función de ayudar a los alumnos a incorporarse activamente a ella sino que debe ser un agente activo en la construcción del conocimiento. Esto altera sustancialmente la organización de las escuelas, sus relaciones con el entorno, los objetivos que pretende y la función de los profesores.

No hay duda que debe haber relación estrecha entre los que formamos a los profesionales y los que ya están ejerciendo su labor profesional. El profesor universitario necesita conocer de primera mano no sólo los problemas a que se enfrentan diariamente los maestros y las maestras sino también como los resuelven. Ellos tienen una sabiduría no bien reconocida y por ello poco apreciada en la Universidad pero que puede llegar a ser un agente activo en la construcción del conocimiento. Referenciamos de nuevo a Tardif (2004) que nos aporta varias propuestas para cambiar la formación del profesorado y curiosamente una de ellas y que comparto consiste en introducir en la universidad los saberes experienciales de los profesores no universitarios y construir un corpus de conocimientos prácticos añadidos a las diferentes disciplinas. Lo que los maestros y maestras tienen que enseñar a sus alumnos ya lo saben. La Facultad de Ciencias de la Educación debe dotarlos de las herramientas pedagógico-didácticas suficientes para que los transmitan de forma adecuada y en consonancia con el modelo educativo que se pretende desarrollar en la sociedad del siglo XXI y a partir de la realidad escolar en todos los aspectos que va a ser objeto de su labor profesional.

En la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Sevilla se realizan tímidos intentos en este sentido contando con las valiosas intervenciones de maestros y profesores que acercan a los universitarios a la realidad con qué se encontrarán en el futuro y poniéndoles en el camino de cómo, qué y para qué se debe enseñar, y con personas que

compatibilizan su vida profesional en las escuelas con la docencia universitaria, en el convencimiento que con ello se está dando un paso hacia la mejora de la formación de los futuros profesores que recogerán nuestro testigo.

Me gustaría terminar tomando en consideración la importancia que en todo este planteamiento debe tener el proceso de evaluación de esta apuesta universitaria, señalando dos aspectos fundamentales; por un lado analizando la práctica de estos profesionales formados bajo esta simbiosis, para mantener aquello que ha sido productivo y modificar lo que conduzca a mejores resultados y por otro, analizar si estas estrategias responden a las necesidades reales del Sistema Educativo y de la sociedad en general.

Concluimos el presente artículo con la idea de Cantón Mayo (2003) que apunta que todos los agentes del espectro educativo tenemos que aportar nuestro saber para encontrar el cambio que es necesario en la educación y en la formación, especialmente un saber práctico que no se encuentra en los manuales que solemos utilizar y recomendar a nuestros alumnos.

BIBLIOGRAFIA.

CANTÓN, Mayo I. *Intenciones y objetivos educativos para la nueva sociedad*. Madrid. Biblioteca Nueva. 2002.

MARCHESI, A. *El cambio educativo en España*. Barcelona. Praxis. 2003.

MARCHESI, A. *¿Qué será de nosotros los malos alumnos?* Madrid. Alianza Editorial. 2004.

FERNÁNDEZ Pérez, J. *La profesionalización del docente*. Madrid. Siglo XXI. 2005.

Tardif, M. *Los saberes de los profesores y su desarrollo profesional*. Madrid. Narcea. 2004.